

MARIA

año de 1902



Las ventanas de la clase estaban abiertas. Las ramas de los árboles, con sus primeros brotes verdes, se acercaban hasta allí mismo. Venían desde el campo rumores de la primavera.

La docta profesora, tiza en ristre, iba desarrollando un teorema matemático sobre el encerado. «A, más B, menos C, más... Reduciendo términos tendremos...» Borraba las operaciones parciales hechas en una esquina y luego continuaba su trabajo.

¿Cuántas muchachas pueden comprender la aritmética en el mes de mayo?

Nadie atendía a la explicación.

Cuando la profesora se volvió y dijo: «¿Me han entendido bien?», un rumor afirmativo se extendió por el aula. Pero de algo vale la experiencia. «A ver, usted, señorita María, venga aquí y repita lo que acabo de demostrar».

La señorita María no tenía la menor noticia de cómo naciera y muriera aquella cabalística danza de signos. Pero se levantó y subió al estrado. No supo ni empezar. Una a una fueron desfilando por el lugar de tortura las demás alumnas. Nada tampoco. Los resultados de la lección eran catastróficos.

La profesora carraspeó iracunda. A María, por ser la primera, la mantuvo allí en pie a su lado, durante los quince minutos que duró la reprimenda.

María tenía 17 años. Era débil, rubia y espigada. Se comprendía que no estaba hecha para trabajar con libros engorrosos y pesados.

Lo que había ocurrido constituía una verdadera vergüenza, un abuso intolerable. Después de ocho días de repetirse la misma lección, nadie, absolutamente nadie, había recibido la menor partícula de la sabiduría que diariamente se administraba en el Colegio.

La profesora, al final de su discurso, cambió el tono de voz, como un actor: «Pueden ir saliendo; y no quiero que esto vuelva a ocurrir».

Bajaron las muchachas al jardín. Fueron desparramándose por entre los árboles, mientras hablaban a voces y comentaban sus cosas.

María buscó el quedarse sola. Luego tomó el sendero que llevaba a la caseta del guarda. Espió tras un macizo y así que se convenció de que el vigilante no andaba por allí, silbó con la perfección de un chico travieso. Alguien respondió al otro lado de la tapia.

Se estableció un diálogo:

—Ven hacia la cancela de hierro para que te vea, María.

—No, no puedo. Están por ahí las otras chicas y se enteraría todo el Colegio.

—No, yo pasaré como si no te conociera... Ven...

—Me vas a ocasionar un disgusto. (María estaba cediendo).

—Entonces, espera un momento.

No tuvo tiempo de reaccionar. Vió como dos manos se agarraban al borde de la tapia y tras ellas aparecía la cabeza y luego el tronco de su decidido Romeo.

El chico se dejó caer de un salto dentro del parque. María, azorada, miraba a un lado y a otro para ver si alguien llegaba. Le pidió que se marchara, le amenazó con dejarle solo, con llamar al jardinero, con... Todo inútil. El no hacía más que mirarla sonriendo.

Era un muchacho un poco mayor que ella, alto, fuerte y con el aire romántico de su época. Irradiaba optimismo y franqueza. Sabía que su novia tenía razón al pedirle que se marchara. Por eso recurrió a no oponerse con palabras.

María no tenía buena opinión de sí misma. Quedó sorprendida cuando una noche de lluvia, al salir del Colegio para su casa, llevando aquel uniforme ensotonado, se había acercado Luis ofreciéndose a taparla con